

UN PRECURSOR RENACENTISTA DE LA CIENCIA PSICOLOGICA:

Huarte de San Juan

Por ISIDORO DE FAGOAGA

El reino de Navarra, abrupto en su mayor parte y de reducida extensión territorial, mantuvo a todo lo largo de su historia una denodada lucha —ora cruenta, ora diplomática— por preservar su independencia. Enclavada en la ruta de las grandes invasiones históricas y de los cantares de gesta —recuérdese entre las primeras la de Carlomagno, su paladín Roldán y la ruta de Roncesvalles— y rodeada de estados poderosos y ambiciosos, hizo buena, por el heroísmo de sus hijos y lo escarpado de su orografía, la admisión de Dante en su «Divina Comedia»:

...o beata Navarra
se s'armasse del monte che la fascia.

(¡Oh dichosa Navarra, si se defendiese con el monte que la rodea!).

Ambición, bien se ve, de sentido condicional, que fue confirmada más tarde en forma alegórica por el Príncipe de Viana al dibujar éste un escudo en el que dos perros se disputan un hueso y al pie el lema **Utrimque roditur**. (De ambos lados me roen).

Más cerca de la realidad anduvo —como nos enseña la historia— el príncipe navarro que el inmortal vate florentino. En efecto; allá por 1512, uno de los mastines, personificado en Fernando el Católico —«dejando a un lado la licitud de los medios», según Menéndez y Pelayo—, se arrojó sobre el hueso y, en pocos días, lo devoró. Quedaba por roer una seisava parte que, varios decenios después y mejor sazónada, fue deglutida por el otro mastín, aquel bearnés bonachón que «por una misa» cifió la corona de Francia con el nombre de Enrique IV y que, al decir de la vieja canción, era un «verde galán», que sabía beber y batirse como un mosquetero de su tierra.

La desmembración del antiguo reino pirenaico creó a sus naturales una situación por demás difícil y equívoca: tan pronto eran castellanos como franceses; todo menos navarros. De ahí el éxodo que para salvarse de torpes represalias, emprendieron los unos hacia el Norte y hacia el Sur los otros. La familia del joven Juan Huarte —que sería más conocido en el

mundo de la ciencia por Huarte de San Juan—, optó por la ruta del Sur, por Castilla primero y luego por la andaluza provincia de Jaén.

Mucho debió de pesar en el muchacho la determinación de sus padres. Nacido en San Juan Pie del Puerto —cabeza en el pasado de la Sexta Merindad, hoy llamada Baja Navarra—, el recuerdo de su cuna perduró a todo lo largo de su vida, hasta el punto de que cuando llegó a la edad de tomar estado quiso consumarlo con una mujer de su patria perdida: Agueda de Velasco.

Del pueblo rosa a la tierra áspera y dura

Bien merecedora de esta nostalgia fue San Juan Pie del Puerto, «la villa rosa», como la definió un poeta. Rosa es, en efecto, su iglesia gótica el viejo campanario y su antiguo puente; rosa la Casa de los Estados de Navarra, la prisión de los Obispos y las murallas centenarias, y rosa también las viviendas de anchos aleros cuyos cimientos baña el Urhandi, nombre que en la milenaria lengua del país se le daba al Nive.

El contraste, pues, entre la tierra que dejaban los Huarte y la nueva, «áspera y dura» que habían de encontrar, no pudo ser más evidente.

Después de algunos años pasados en Linares en compañía de sus padres, Juan de Dios se trasladó a Alcalá de Henares para cursar en aquella famosa Universidad los estudios de medicina y filosofía. (En Alcalá y no en Huesca como erróneamente afirma el doctor Marañón en su breve y enjundioso estudio acerca de la vida y la obra del sabio navarro).

“Cala y cata de ingenios”

En la Universidad Complutense se matriculó el joven Huarte en el 1553, época en que ya se atisbaban sus dotes de agudo observador de tipos y caracteres, tanto de estudiantes como de profesores. Nunca —advierde Viguri Aramayona— fue atraído por las ruidosas juergas de los unos, ni deslumbrado por las habilidades dialécticas y retóricas de los segundos. Para él, la Universidad era templo de estudio, sosegado y profundo. Su lema «hacer cala y cata de ingenios».

En 1555 obtuvo el grado de bachiller en medicina; en 1559 la Licenciatura en la misma facultad; y finalmente el 31 de diciembre de ese mismo año recibía la borla de Doctor, y precisamente con el número uno de su promoción.

Pronto hubo de poner a prueba su ciencia y su paciencia. Habiéndose declarado una epidemia de peste en Baeza, Huarte se ofreció para «cortarla» y tras empeñosa lucha, lo logró cumplidamente. El Concejo de la ciudad, vista y comprobada su «mucha habilidad en su profesión y ser hombre de muchas letras», le designó médico titular de la localidad.

La gestación de un libro inmortal

Este señalamiento de «hombre de muchas letras» lo confirmaría el doctor navarro pocos años más tarde al lanzar al mundo su libro inmortal «Examen de ingenios para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que ay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular. Es obra donde el que leyere con atención hallará la manera de su ingenio, y sabrá escoger la ciencia en que más ha de aprovechar y si por ventura la uviere ya professado, entendera si atino ala que pedia su habilidad natural. Compuesta por el doctor Juan huarte de sant Juan, natural de sant Juan del pie del puerto».

Este largo título indica su doble finalidad. Primera: exploración y conocimiento de las diferentes aptitudes del ingenio humano, y segundo, aplicación a cada una de aquellas aptitudes de la ciencia o profesión que mejor se adecua para su mayor provecho y desarrollo.

En otras palabras: estableció por primera vez y sobre bases científicas la orientación de las vocaciones, «ese llamado imperativo, irresistible de nuestro auténtico destino», al decir de Ortega y Gasset. Juicio que corroborará Marañón al afirmar que Huarte no sólo estableció tal orientación, sino que «entrevió con nitidez el problema de las correlaciones entre las distintas formas humanas y los distintos temperamentos, problemas que en la actualidad constituye una de las preocupaciones de nuestra ciencia».

Puede afirmarse, pues, que la orientación biotipológica y experimental de la psicología moderna tiene en el gran humanista navarro su iniciador. Más concretamente, su gran aportación científica y humana fue el haber planteado y tratado de resolver el problema de la selección y orientación profesional, encareciendo su doble efecto beneficioso, a saber: de un lado, el bien de la persona, por la consiguiente perfección en el desarrollo de sus facultades y la satisfacción en el ejercicio de su carrera; y de otro, el bien social, por el mayor y mejor rendimiento de su trabajo en favor del bien común.

La difusión del libro fue notable desde el principio; y aunque no fue apreciado entonces todo su sentido y alcance, sus ideas fueron fecundando el curso de la ciencia psicológica hasta la floración de ella de un siglo a esta parte. El jesuita padre Mauricio Iriarte —que ha consagrado al autor y a su obra el estudio más completo que conocemos hasta el presente— calcula en más de setenta el número de ediciones que, en el original y en traducciones, se llevaron a cabo hasta 1936, contándose entre las versiones mejores la alemana, realizada y comentada por Lessing.

Al autor hubo sin duda de halagarle el que ya en los seis años siguientes a la aparición del libro se hicieran cuatro impresiones en español y, no mucho después, se publicaron versiones en francés, italiano e inglés. Tampoco escasearon los elogios dentro y fuera de casa; pero, desgraciadamente, con raras excepciones, los comentarios se detienen en puntos se-

cundarios, pasando muy de ligero sobre el problema central. Lamentable es, sobre todo, que lo desentendieron aquellos hombres o aquellas instituciones a quienes mayor responsabilidad incumbía, la universidad y los gobernantes; y eso que a ellos iba expresa y urgentemente dirigido. Ejemplo significativo de esa desatención o incompreensión es el juicio del P. Jerónimo Feijóo, quien enfáticamente declaraba: «La Physica del autor apenas vale la tinta con que se escribió». A él también, al gran curioso de novedades, se le escapó el fondo y la intención de la obra, y su alcance para el desarrollo de la educación y la cultura. «La enfermedad constitucional de nuestra patria —diagnostica Ramón y Cajal— fue siempre la indiferencia filosófica y científica, asociada a un sanhopancismo desolador».

Ante el Tribunal de la Fe

A esta indiferencia del lector español le siguió o precedió el excesivo celo y rigor del Tribunal de la Fe. El libro, a pesar de los elogios de los censores fue sometido a expurgo. El motivo principal de la censura inquisitorial fue la doctrina que el autor sostenía acerca de las relaciones del cerebro y del entendimiento. Así, el capítulo que trata de la inmortalidad del alma fue suprimido íntegramente. También se le obligó a corregir otros pasajes, como aquellos en que el autor atribuye a los brutos «cierto género de inteligencia o prudencia o virtudes, como ser misericordia, justicia, etcétera. Y por último fue suprimida la descripción del temperamento de Jesucristo, con que se cerraba el texto del libro».

La prueba del valor científico, y no meramente discursivo, de la obra de Huarte, está en la rápida difusión que tuvo en el extranjero. Borden afirma que las ideas del sabio navarro influyeron en «El Espíritu de las Leyes» de Montesquieu. Floegel, en su libro, «Del Entendimiento», dice que «Huarte fue un genio». Los científicos Gall y Lavater lo consideraban como el precursor de la frenología moderna. Borinsky declara que la referida obra es el primer ensayo de una topografía del cerebro. Esta tesis de la conformación del cerebro y la orientación de los talentos fue confirmada en el siglo XVIII por el doctor Diego de Aroza, navarro roncalés en su tratado «Tesoro de las excelencias y utilidades de la medicina y espejo de prudente y sabio médico», obra que a juicio del ya citado padre Iriarte «es lo más apreciable que aquél siglo nos legó en su género». Siglo del Renacimiento y de la Reforma —apostillamos nosotros—, el más pródigo en hombres superiores, quienes al igual que nuestro Huarte, surgían sin saber cómo de los climas más inesperados: Tomás Moro, Ignacio de Loyola, Eramo de Rotterdam, Lutero, Rabelais, Paracelso, Fray Luis de León, Miguel Angel, Shakespeare, Ambroise Paré, Teresa de Avila, Camoens, Montaigne, Lope de Vega, Ronsard, Quevedo y, entre cien otros más, aquel diabólico Maquiavelo que había de trazar un modelo de príncipe tan copiosamente y torpemente imitado por la posteridad.

Un gran inspirador de Cervantes

La obra de Huarte tuvo a principios de nuestro siglo un rebrote inesperado de actualidad. Fue en 1905, con motivo de celebrarse el tricentenario de la aparición de la obra cumbre de Cervantes, «Don Quijote de la Mancha». Entre los innumerables estudios y artículos que se publicaron para celebrar tan memorable acontecimiento apareció un opúsculo que contribuyó a despertar, a la par que una enorme expectación, las más encendidas controversias. Nos referimos al ensayo de Rafael Salillas, el insigne penalista cuyo sorprendente título rezaba así: «Un gran inspirador de Cervantes: el doctor Huarte de San Juan y su examen de Ingenios».

«La peregrina tesis, tan inusitada como irreverente», como la calificara en su glosario un renombrado cervantista, pasó, no obstante, a ser estudiada para alcanzar, finalmente, su plena aceptación por parte de un crecido número de críticos nacionales y extranjeros.

Ante la imposibilidad, por motivos obvios, de dedicarle aquí el comentario que requiere el tema, resumiremos en breves líneas lo que se ha dado en llamar «la dependencia espiritual de Cervantes con respecto a Huarte de San Juan». Empecemos por afirmar que la tesis del penalista español, hombre de gran cultura e ingenio, contiene penetrantes observaciones, totalmente nuevas en el campo de los estudios cervantinos. Se le han puesto, desde luego, algunos reparos, tales, por ejemplo, los del hispanista Camille Pitolet, cuya recensión, notoriamente tendenciosa, peca de despectiva y burlona. En cambio, los sostenedores de Salillas y sus postulados superan, por calidad y número, ampliamente a los primeros. Quien en este sentido dio la nota clarificadora fue el inglés William Confort, que apoyó en pleno los argumentos de Salillas, siguiéndole luego toda una legión de sagaces comentaristas, como Bonilla San Martín, Díaz y muchos más hasta culminar en el padre Mauricio de Iriarte, cuyo enfoque de las teorías huartianas y de la tesis de Salillas debe considerarse como un estudio exhaustivo.

Es extraño y lamentable que los cervantinos por lo general no hayan tomado en cuenta, como era razón, este hecho. En cambio, y por lo mismo, merece citarse el artículo eruditísimo que, con el título de «EL INGENIOSO HIDALGO», le dedica uno de los hispanistas más distinguidos de hoy, el Profesor de la Universidad de Pensylvania, Otis H. Green, en la **Hispanic Review**, julio de 1957. El Prof. Green califica el estudio del P. Iriarte como «illuminating investigation of the problem», y dice que «su intento es llamar la atención sobre lo que en ella se ha puesto en luz». **(It is the purpose of the present article to call attention to Father Iriarte's findings...)**

En uno de los pasajes de su libro, el padre Iriarte escribe: «Cervantes utilizó en sus obras la del doctor Huarte y no sólo episódicamente, sino de manera que toca el nervio mismo de sus creaciones». Y más adelante añade: «**El Quijote** vivió y murió bajo el signo del **Examen de ingenios**. La gran inspiración que Cervantes debe al doctor Huarte es el haber sabido fingir y conducir el carácter del héroe con armónica correspondencia de

las dos estructuras: la psicológica y la temperamental. Y su autor tuvo de ello plena conciencia, persuadido por aquella lectura de que, por las cualidades corporales, era posible llegar a noticia de las del alma, y de éstas, a su vez, deducir las exteriores o físicas. En la exposición del síndrome de la locura que nos da Cervantes, hay dos toques principales que son como la clave de la enfermedad; y ambos toques o ideas capitales pertenecen de pleno a pleno a la psicopatología del **Examen de Ingenios**. Tales son la destemplanza humoral del resecamiento del cerebro, y la lesión imaginativa consiguiente. Al ingenioso hidalgo «del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro», porque como había enseñado a Cervantes el doctor Huarte «la vigilia de todo el día deseca y entumece el cerebro, y el sueño de la noche lo humedece y fortifica».

Del Examen de Ingenios al Príncipe de nuestros ingenios

Aparte otras consideraciones, cotejo de textos, coincidencia de términos y semejanza de expresiones, el padre Iriarte termina así su agudo análisis: «Nadie dude del influjo ejercido en Cervantes por el doctor Huarte de San Juan. La inducción hecha recibe luz de las siguientes premisas: las innumerables coincidencias de situaciones y calificaciones que no pueden atribuirse a meras casuales coincidencias; su contenido es tan peculiar del psicólogo navarro que no permite suponer derivación de otra fuente. La influencia recibida de Huarte, es, aún más que material, formal. Fue categorizar su mente en modernas formas de pensar, abrírsele a sutiles atisbos de caracterología, ahondar su penetración psicológica (1). Así, el **Príncipe de nuestros ingenios** obtuvo merced al **Examen de Ingenios** la plena justificación del suyo: y sangre de su genialísima producción corre por las venas del Ingenioso Hidalgo». Y tras otras profundas reflexiones, concluye: Salillas juzga muy bellamente que, en todo caso, el encabezamiento de la inmortal novela viene a constituir una dedicatoria del autor al inspirador».

Admirable conclusión, digna por su clarividencia y hondura, de los dos grandes ingenios o, más propiamente, genios que la inspiraron.

(1) Sobre ortografía y ortofonía del vocablo *psicología* o *sicología*, se ha caído en un confusionismo que no lleva trazas de acabar. Los partidarios de suprimir la letra *P* apelan a un recurso que puede llamarse índole del castellano y que desde el siglo XVI empezó a rehuir ciertos binomios de consonantes, de donde surgió *salmo* en vez de *psalmo* y así otras palabras. En cuanto al vocablo *psicología*, se da además una razón de fondo —como bien observa el P. Mauricio de Iriarte— y es la posibilidad de confusión con otro vocablo derivado igualmente del griego. Así, si escribimos *sicosis* al tratar de una demencia, no se distinguiría del término *sicosis* que denomina de este modo el aspecto de la barba o de la cara por su semejanza con la pulpa granulada del higo, denominación usual ésta en medicina. En consecuencia, tenemos el término *sicomancia* o adivinación por las hojas de la higuera y, por derivación, *sicología* que significa estrictamente *tratado del higo o de los higos*.